



La vida  
desatenta  
Antonio Mercero

ANTONIO MERCERO

# La vida desatenta

[www.megustaleerebooks.com](http://www.megustaleerebooks.com)

Índice

[La vida desatenta](#)

[El violador dio un buen trago de vino...](#)

[I. La niña de Puipi](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[II. Una loca maravillosa](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[III. Vildsvin descabellado](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[IV. La vida desatenta](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

*Para Marta, Elena y Sol.  
Y para Rebeca.  
La parte atenta de mi vida.*

El violador dio un buen trago de vino y se quedó mirando a Vildsvin unos segundos.

—Todo está en los clásicos —dijo—. Nos creemos muy audaces, y resulta que todo lo que pensamos hoy lo pensaron otros hace dos mil quinientos años.

Además de su cultura, llamaba la atención su presencia de ánimo: había pasado dos años en prisión provisional, el juicio se iba a celebrar dentro de tres meses y allí se enfrentaría a una mujer que en su día lo había señalado en la rueda de reconocimiento. Pero él preguntó al camarero si podía repetir alubias. Vildsvin le recordó que de segundo le esperaba un entrecot. El violador levantó el dedo corazón. No era una respuesta grosera; su mente seguía volando entre los clásicos.

—Este gesto parece moderno, ¿verdad? Pues está en Aristófanes. Lo saca en *Las nubes*. ¿Qué le parece?

—No lo sabía.

—No sabemos nada.

Vildsvin intentó desviar la conversación hacia el caso que se traían entre manos. Las ruedas de reconocimiento suelen hacerse mal, esa era la escapatoria. Recordaba un caso de hacía un año: las víctimas habían identificado al agresor sin mostrar la menor duda, y en el juicio se retractaron. Admitieron presiones de la policía para fijarse en una de las fotos de los fichados y en la rueda señalaron a este, no al agresor. Las mujeres violadas necesitan resolver el asunto judicial para iniciar su duelo, y este aspecto psicológico las convierte en testigos poco fiables. Algo así se dijo en aquel juicio, tendría que repasarlo.

El violador reaccionaba con impaciencia a esas interrupciones. Quería abandonarse al placer de la comida y la conversación. La defensa de su abogado le parecía tediosa, prosaica y desprovista de poesía. ¿Había leído Vildsvin las comedias de Aristófanes?

Cuando era más joven, Vildsvin disfrutaba representando los intereses de los criminales más abyectos. Le gustaba el permiso emanado de su profesión para ser levemente amoral. Había llevado casos mediáticos de asesinatos de niñas, de parricidas, de estafadores de gente humilde, y siempre había intentado obtener para ellos, si no la absolución, al menos la condena más favorable. Ahora pensaba, con algo de tristeza, que le daba igual la suerte que corriera el violador. Sí, su celo profesional lo llevaba a aconsejarle: estaba bien enseñar su lado culto al jurado, aunque debía cuidarse de no parecer arrogante en la exhibición de sus lecturas; debía disimular su frialdad y mostrar un tono más compasivo al enfrentarse a la víctima. Pero esos consejos los dictaba el oficio y no el deseo de sacar al cliente del atolladero.

Tres meses después, en la vista oral, el jurado dictaminó que ese hombre era culpable de un delito de violación. A Vildsvin le había confesado los hechos. Había insistido en que no le importaba ir a la cárcel porque allí podía leer, que era lo que más le gustaba. Pero cuando el juez proclamó que la condena ascendía a nueve años, a Vildsvin le pareció que al violador le flaqueaban las piernas y que su rostro se contraía en un latigazo muscular. Trató de consolarlo con la posibilidad del recurso, y el violador le dijo que no se molestara. ¿Lo estaba

despidiendo o, simplemente, había aceptado su penitencia? Vildsvin no lo sabía, pero se sintió viejo y cansado.

—¿Ha recibido el libro? —preguntó el violador.

—¿Qué libro?

—Nada, ya lo recibiré. Y un día que venga a verme me cuenta su opinión.

Se despidieron con un abrazo. Al llegar al despacho, Vildsvin abrió un paquete que Tina había dejado en su mesa. Era un ejemplar de *Las nubes*, de Aristófanes, con una nota que decía: «Gracias por todo».

## LA NIÑA DE PUIPI

## 1

—¿Para qué necesitas nuestra ayuda, Ángela?

Gonzalo trató de poner un poco de calidez en sus palabras. Era la pregunta con la que abría siempre ese tipo de conversaciones y había aprendido a formularla con el aire impersonal, fastidiosamente práctico de los abogados. Pero en ese momento se encontraba frente a una mujer muy joven, de cara redonda y mejillas enrojecidas por el bochorno de fuera. Tenía edad de llevar una carpeta con fotos de actores guapos y no el bolso de piel que le habría prestado su madre, o una amiga, para causar una buena primera impresión. Ella sonrió con un leve temblor y se quedó así un rato. Gonzalo le acercó la cajita de pañuelos con un movimiento mecánico que resultaba un tanto absurdo, pues la chica no lloraba ni parecía estar a punto de hacerlo; solo sonreía.

—Tómate el tiempo que necesites.

—Es por la noticia del periódico. —Le tembló la voz—. La del padre Murillo. Dicen que lo van a hacer obispo de Puipi.

—Sí, algo he oído.

—Pues ese cura no debería ser obispo.

Gonzalo la miró con gravedad, anticipando lo que iba a venir a continuación. Pero Ángela se quedó callada. Al otro lado de la ventana, unos obreros trabajaban en remozar la fachada y el tejado, que se caía a pedazos. Se estaba quedando viejecito, el chalet. Gonzalo vio un cesto de cemento que alguien izaba hasta el primer nivel del andamio. Lamentó no haber usado el despacho de Mateo para aquella entrevista. Ahora tenía que soportar que el silencio de Ángela se llenara de martillazos y de las voces de los obreros.

—¿Y por qué crees que no le pueden hacer obispo?

Ella volvió a sonreír. Con esa sonrisa, el rostro sudoroso tenía una rara cualidad de máscara. No debería estar aquí, pensó Gonzalo. Debería estar tomando apuntes en la facultad, o enchufándose minis de cerveza en el bar con sus amigos. Pero era mejor apartar de golpe esos pensamientos.

—¿Quieres denunciar al padre Murillo?

Ángela asintió muy despacio. Gonzalo no necesitaba saber mucho más. Un cura, una chica joven, un caso mediático de los que tanto le gustaban a su padre. Y encima, la casualidad del pueblo. Tragó saliva al comprender que debía informarle de inmediato. Su padre odiaba que lo molestaran cuando estaba reunido, y aunque terminaría entendiéndolo pertinente de la interrupción, Gonzalo tendría que pasar por unos primeros instantes de furia, la mirada de desprecio, las venas de la frente hinchadas, tal vez algún comentario sarcástico. Ese trance lo angustiaba.

No fue para tanto. Gonzalo llamó a la puerta con los nudillos y se asomó con aire servil.

—Papá, ¿puedes salir un momento?

Vildsvin se acercó a él.

—Hay una chica. Creo que la tienes que atender tú. Es un caso gordo.

Vildsvin escrutó a su hijo unos segundos y decidió confiar en su criterio.

—Humberto, sigue tú, por favor —dijo. Volviéndose hacia los que estaban en la sala, añadió—: Ahora vengo.

Recorrió el angosto pasillo rozando con los hombros las dos paredes, pues era un hombre cargado de espaldas.

—¿Dónde está la chica?

—En mi despacho.

—Ah, perfecto. La has metido en tu despacho para que vea los andamios que hay en la ventana. Muy bien pensado, hijo.

—Tengo echada la cortina, papá. Casi no se ven.

—¿Casi? Entonces has actuado casi bien. Hijo, los clientes, cuando se presentan en un despacho de abogados, vienen nerviosos. No quieren ver andamios, quieren estar en un sitio que les transmita confianza. Tú esto eres capaz de entenderlo, ¿no?

—Sí. Lo siento, papá. No me he dado cuenta.

—Soy Ignacio Vildsvin —se presentó entrando con decisión en el despacho. Tendió la mano a Ángela y ella se la estrechó blandamente—. Mi hijo me ha contado que tienes un problema. Dame tu chaqueta, que te vas a cocer.

Ángela se quitó la chaqueta y Vildsvin la puso en los brazos del hijo. Como los gestos de su padre lo excluían por completo de la conversación, Gonzalo comprendió que debía salir del despacho y cerrar la puerta. Se acercó al perchero de la entrada y colgó la chaqueta de Ángela. Antes de hacerlo, la olió. El perfume y el sudor de la joven mezclados en un olor embriagador. Notó la mirada de censura de Tina, la secretaria, y se alejó por el pasillo hasta el despacho de Mateo. Oía la tos ronca de su padre, y lo imaginó reaccionando así, con un ataque de tos, a la revelación de que esa chica había sufrido abusos sexuales en la parroquia de Puipi. Precisamente en Puipi. ¿Por qué no le había permitido quedarse en el despacho? Había recibido a la joven, el primer hilo de confianza lo había tejido él. ¿No era mejor haberlo mantenido como referencia para una pobre chica que estaba pasando un mal trago? De nuevo oyó la tos de su padre; después, una secuencia interminable de carraspeos. Se imaginó a Ángela incómoda ante un anciano brusco y terco, un hombre que tenía la boca llena de flemas y que rezumaba enfermedad y vejez por todos los poros. Sintió mucha pena por ella. Al poco, Vildsvin salió del despacho y Gonzalo se asomó al pasillo a tiempo de ver a Ángela poniéndose la chaqueta con un gesto risueño. Vildsvin anunció a Tina que salían a tomar un sándwich a la cafetería.

—Ha llamado su hijo Mateo —dijo Tina—. Que la vista oral ha ido muy bien.

—Lo sabía —exclamó Vildsvin—. Sabía que Mateo no se iba a acojonar. Llámalo ahora mismo y me lo pasas al móvil. Quiero felicitarlo personalmente.

Salieron los dos. Gonzalo se quedó en el pasillo unos segundos, indeciso. No podía entender que su padre empleara expresiones tan campechanas delante de una pobre muchacha que había sufrido abusos sexuales. Tampoco entendía por qué Tina no le había contado nada sobre el juicio de su hermano. Decidió que él también llamaría a Mateo. Pero tendría que esperar unos minutos, para dejar que su padre fuera el primero en pronunciar las palabras de enhorabuena. Se encerró en su despacho y marcó el número de su mujer. Aunque la pilló muy ocupada, consiguió hablar con ella un minuto. Ella le contó que estaba teniendo un mal día: le habían puesto una reunión a las siete y no llegaría a tiempo de recoger el vestido. Gonzalo le dijo que no se preocupara, que pasaría él por la tintorería.

Aunque Vildsvin se rebelaba muchas veces contra las privaciones que los médicos le imponían, y comía fiambre, bebía vino y fumaba cuando le venía en gana, había pedido una ensalada de tres hojas diferentes que apenas probó y una botella de agua mineral. Ángela se decidió por un sándwich especial de la casa y parecía, por fin, relajada. Las palabras más difíciles ya las había dicho: el agravio llevaba mucho tiempo enterrado en su memoria, pero la noticia en los periódicos le había revuelto las tripas y, después de varios días sin dormir, resolvió dar el paso y denunciar al cura. Le habían dicho que el mejor abogado de la ciudad era Vildsvin. Él no se molestó en desmentir esa frase, pues con la edad había aprendido a mantener a raya la modestia. Sabía que el suyo era un bufete familiar con solera y prestigio, pero muy pequeño en comparación con los enormes despachos de abogados que había en Madrid. A él le gustaba mantener sus servicios en una escala humana, como decía delante de algunos compañeros cuando lo acusaban de no haber evolucionado con los tiempos. Para mucha gente podía haberse convertido en un dinosaurio de los tribunales, si bien otros muchos se sentirían atraídos por la pátina de romanticismo que le daba su manera de entender la profesión. Pero más allá de sus méritos, ahora escrutaba en silencio el rostro de Ángela y no dejaba de pensar que tal vez había una razón más poderosa para que hubiera acudido a su bufete. Él había nacido en Puipi. Había vivido allí diecisiete años. En su carrera, se había ocupado de casos muy sonados, de los que salen en los periódicos, y se había convertido en un abogado de referencia. No lo reconocían por la calle, porque eso no pasa con los abogados, pero su cartera de clientes estaba llena de empresarios ricos y de concejales en apuros. Sin embargo, lo que más alimentaba su vanidad era que lo habían nombrado hijo predilecto de Puipi. Ahora le pedían que cargara contra el futuro obispo, y era imposible no ver una relación entre los dos hechos. ¿No le habrían recomendado a Ángela que se sirviera de esa coincidencia? La magnífica relación de Vildsvin con las autoridades de Puipi podía allanarle el camino a la hora de escudriñar en los archivos de la parroquia o de recabar testimonios en el pueblo. Un caso de abusos sexuales en el pasado no es fácil de probar, por mucha convicción que uno tenga en que los abusos se produjeron. El padre Murillo estaba llamado a ser un preboste de la jerarquía eclesiástica y su defensa iba a cargar contra la denunciante con munición pesada. En esas circunstancias, tener por abogado a un vecino ilustre de Puipi quizá ayudaría a nivelar las fuerzas del caso. En teoría, nadie podía estar menos interesado que Vildsvin en manchar la imagen del pueblo en el que había nacido y que lo había nombrado su hijo predilecto. Si acusaba al padre Murillo, a ojos de un jurado eso solo podía significar que la conducta delictiva se había producido.

Todo esto pensaba Vildsvin mientras jugaba distraídamente con las tres variedades de lechuga y veía a Ángela devorar su sándwich con apetito.

—¿Tú sabes que yo nací en Puipi?

—No, no lo sabía.

Nació en Puipi, creció en Puipi, se aburría muchísimo en Puipi. Después del colegio, jugaba a la pelota en la plaza del pueblo y el cura lo amonestaba por chutar contra la pared de la catedral. ¿Ese cura joven, alto y con granos, siempre repeinado, era el padre Murillo? No, no le salían las cuentas. La catedral, famosa en toda la comarca, de un gótico puro, con dos torres preciosas y un enorme rosetón en la fachada principal, marcó la infancia y la adolescencia de Vildsvin. De niño jugaba allí con la pelota porque le gustaba cómo le devolvía cada tiro la piedra irregular de la pared. El rebote salía torcido en diagonales

imprevisibles y a él le divertía perseguir la pelota y atraparla a tiempo de empalmar un nuevo disparo. Entre los contrafuertes de esa catedral, analizados por los estudiantes de arquitectura ya que aparecían como ejemplo en los libros de arte, él se escondía con las chicas en sus primeros escarceos sexuales. Y entre dos contrafuertes sorprendió un día a Marcela, su primer amor, magreándose con el hijo de la panadera, lo que lo llevó a romper con ella pese a lo mucho que le gustaba y a caminar cada día un kilómetro de más cuando lo mandaban a por el pan, porque se negaba a comprárselo a la madre del chaval que le había robado a su amor. En la catedral, años más tarde, un cura muy joven que no podía ser aún el padre Murillo ofició el funeral por la muerte de su padre, y allí se veía él, con toda claridad después de tanto tiempo, sentado en el primer banco con un pantalón corto de color azul y una camisa que le apretaba porque la había heredado de su hermano mayor, mucho más delgado. Junto a él su madre lloraba las penúltimas lágrimas por su marido, un escritor danés que se había enamorado de España y de la guapa española que entonces era ella, y había pensado que en ese pueblo recóndito podía encontrar la paz necesaria para escribir su obra y formar una familia. No tardó en cansarse del aire provinciano de esa vida; poco a poco, se fueron alargando sus estancias en Dinamarca. Al final, prefirió quedarse allí. Sus razones las explicó en una carta que recibieron una semana antes de Navidad, justo cuando a un Vildsvin de siete años su madre le estaba cosiendo un disfraz de pastorcillo para una obrita del colegio. Como consecuencia de esa carta, Vildsvin fue el niño peor disfrazado de la clase en la obra de teatro navideña y su madre cayó en una depresión que nunca superó del todo. Su padre le dejó a Vildsvin muy pocos recuerdos y un apellido exótico que le ganó las mofas de sus compañeros de clase durante casi toda la primaria. Aunque justo es decir que la economía de la familia dependía de los derechos de autor del padre, que llegaban con regularidad incluso muchos años después de su muerte, y que sufragaron los estudios universitarios de Vildsvin y sus primeros años de vida en Madrid.

—¿Estás segura de que quieres denunciar al padre Murillo? —Vildsvin se sirvió un segundo vaso de agua—. Te van a despellejar viva.

Era su obligación lanzar la advertencia, pese al riesgo de que ella se dejara intimidar por el peligro. Pero Ángela sorprendió al abogado con un gesto muy decidido.

—Quiero que se sepa lo que hizo. Ese hombre no puede ser obispo.

Vildsvin apartó su plato de ensalada y miró a la joven a los ojos como si quisiera acceder al interior de su cerebro. Esa mirada era parte del ritual, un intento de calibrar la verdadera esencia del cliente, su rabia, su coraje, su franqueza o su fragilidad. No le importaba que un cliente le mintiera, pero quería extraer de su mirada inquisitiva cuanto más información mejor. Ella enarcó las cejas con un gesto divertido al notar que la mirada del abogado se alargaba más de la cuenta.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada, solo te miro.

Notó una punzada de deseo y la aplacó de inmediato, avergonzado de sus pensamientos lascivos hacia una chica que había sufrido abusos sexuales.

—El único problema es que mis padres no quieren que denuncie —dijo ella.

Vildsvin bebió un trago de agua como el que paladea un vino carísimo. La oposición de los padres podía ser un escollo importante. Y a esas alturas, ya estaba seguro de que quería llevar el caso, quería enfrentarse al padre Murillo y estar de nuevo bajo el foco mediático, ahora que los médicos pretendían reti-

rarlo de la circulación, convertirlo en un viejo desahuciado. Quería volver a Pui-pi y recorrer las calles de su infancia.

—¿Dónde viven tus padres? —preguntó.

Ángela no podía creer que Vildsvin deseara hablar con sus padres. Pero eso es exactamente lo que hizo. Pagó la comida, paró un taxi y se dirigió con la joven a la dirección que ella le había dado. Los padres de Ángela eran personas humildes. Él era conductor de los autobuses municipales. Un hombre bajito, calvo y con una buena panza. Parecía mentira que de ese molde hubiera salido una preciosidad como Ángela; la madre era rechoncha y estaba vestida y peinada con descuido, pero conservaba un poso de belleza en sus ojos azules. Se ocupaba de las labores del hogar y de los tres hijos, uno de los cuales estaba en el sofá jugando con la PlayStation cuando entraron Ángela y Vildsvin en la casa. La visita los dejó muy desconcertados. Actuaron con el apuro del que se sabe sorprendido en algo indecoroso. Pero todo era normal: los restos de la comida en la encimera de la cocina, el periódico arrugado en la mesita del teléfono, unas cartas del banco en el mueble de la entrada. El padre de Ángela tenía la cara hinchada y se movía con lentitud: había interrumpido su siesta ante la visita intempestiva. La madre ofreció hacer café; el padre, una copa de brandy. Pero Vildsvin solo quería hablar con ellos un minuto. Pasaron todos al salón, del que fue desalojado el hermano de Ángela a instancias de su madre. Vildsvin les habló de Pui-pi, su pueblo natal, forzando un poco el tono nostálgico o tal vez sintiendo la nostalgia de verdad. Habló también de su vocación de abogado, de la persecución de la justicia como bien supremo en una sociedad democrática. No ocultó las incomodidades que un caso como aquel podía traer a la familia. A los padres de Ángela les preocupaba ver su vida alborotada. Querían vivir en paz, y los abusos, de los que ellos se habían enterado hacía muy poco tiempo, se habían producido cuando Ángela era una niña. Vildsvin les hizo ver que la discreción era una de las virtudes principales de su trabajo. El padre dudaba que la discreción pudiera mantenerse en un caso así: los periódicos no tardarían mucho en sacar la noticia.

—No se preocupe por eso —lo tranquilizó Vildsvin—. Tenga en cuenta que a la Iglesia no le interesa una publicidad negativa ahora que lo van a nombrar obispo. Estos casos se resuelven en privado negociando una indemnización. Es casi imposible que lleguemos a juicio.

La mención del dinero puso un brillo nuevo en la mirada de la madre de Ángela; el padre quiso, sin embargo, espantar de un plumazo la menor sensación de que podía moverlo la codicia.

—A mí el dinero me da igual —exclamó—. Yo solo quiero que mi hija siga con su vida. No sé qué se le ha metido dentro con algo que pasó hace tantos años.

—Ya te lo he dicho, papá —terció Ángela—. Vi la noticia y me entraron ganas de vomitar.

—¿Y todos estos años? ¿No has tenido ganas de vomitar todos estos años? Bien que te has guardado para ti todo esto. A tus padres ni una palabra. Y ahora, de pronto, mira...

—Tranquilo, Manuel —lo apaciguó la madre—. Ya has oído al abogado. No tiene por qué salir nada en la prensa.

A Vildsvin le entraron ganas de poner un beso en la frente de aquella mujer: había ganado la batalla. Paladear la sensación de haber resuelto un problema era una de las cosas más agradables de su trabajo.

Al llegar al despacho, pidió a Humberto que se pusiera de inmediato a trabajar en el caso. Su primera misión era filtrar a la prensa la noticia de que una joven había decidido denunciar al padre Murillo por abusos sexuales.

Muchas tardes coincidían en la biblioteca. No se conocían, pero se buscaban mutuamente y terminaban siempre enfrentados en la misma mesa, tan cerca el uno del otro que un suspiro de Jovita servía para mover el flequillo de Luis, y un carraspeo de Luis bastaba para provocar un leve respingo de Jovita. El viernes ella marcó la página en que dejaba su libro de Derecho Romano, lo puso en el anaquel correspondiente y al pasar al lado de Luis le dijo «Hasta el lunes» sin detenerse. Y como nunca habían empleado esas pequeñas fórmulas de cortesía, nunca se saludaban, ni se despedían, aquella novedad acabó con la concentración de Luis: ya no pudo hacer otra cosa que pensar en Jovita. Antes de irse, cogió el libro de ella y metió una nota dentro, unas páginas más allá de la marcada. La nota decía: «¿Tomamos un café?».

El lunes Jovita llegó a mediodía, cogió el libro del anaquel y se sentó a la mesa a leer. A Luis le pareció que ella leía muy despacio. Pasaba la página, la respiración de él se cortaba un instante; ella seguía leyendo, y él volvía a respirar. Lamentaba no haber elegido a conciencia una página donde poner la nota. Al hacerlo a su manera se había imaginado esperando tranquilo, con la pequeña ansiedad del que ha urdido una broma y se adelanta un poco al desenlace feliz. Pero entonces la espera se le volvía intolerable. Hubo un momento en que Jovita pasó una página y siguió leyendo como si nada, aunque a los pocos segundos levantó la cabeza y lo miró. Luis tardó en entender. En la lógica del juego, ella solo podía mirarlo al encontrar la nota. Pero no, ella lo miraba por la pura travesura de mirarlo y enseñaba una sonrisa tímida por dar un paso más en el atrevimiento. Se saltaba las reglas del juego y él no entendía muy bien lo que pasaba, por qué no seguía leyendo, por qué cerraba el libro con un gesto resuelto y le decía, con el susurro de las bibliotecas, que le apetecía tomar un café. Entre balbuceos salió de los labios de él una pregunta sobre la nota, qué nota, dijo ella, la sorpresa genuina, y la proposición de tomar un café juntos suspendida unos segundos hasta que él reaccionó, olvidó el juego, se levantó y salió con ella a buscar un sitio calentito. No dijo nada de la nota escondida. Hablaron como dos buenos amigos, como si ya supieran que ese encuentro era solo el primero de muchos. No quedaron en verse porque no hacía falta. Tenían la biblioteca. Ella, sus aburridos tomos de Derecho; él, los libros de Historia que consultaba para un trabajo que había de entregar en la facultad. El martes Jovita encontró la nota cuando llevaba media hora leyendo. Levantó la cabeza y vio el gesto burlón de Luis. Se puso colorada por haberle pisado la idea.

—Mira qué hora es —le dijo—, va a tener que ser una caña.

No hicieron planes para ese día. Dejaron que pasaran las horas y fiaron sus pasos al hallazgo casual de un parque, de un café, de un trozo de hierba donde sentarse a charlar un poco. Al despedirse, él le buscó la boca y ella interpuso la mejilla. Hubo un instante de turbación. Luis la miró en silencio, Jovita le sonrió en ese lapso, él le cogió la barbilla con suavidad y le rozó los labios con un dedo.

Al día siguiente estuvieron varias horas tumbados en la hierba, contándose sus cosas. Él intentó besarla y ella se apartó. Y, aunque él pareció encajar la negativa, al cabo de un par de frases triviales lo intentó de nuevo. Ella se zafó co-

mo pudo, él se puso insistente y hubo un debate de tirones y manotazos que ella zanjó con una bofetada. Luis la miró unos segundos, muy serio, se levantó y sin decir nada se encaminó a la puerta del parque.

—Espera... —gritó Jovita.

Él se detuvo. Ella fue a su encuentro. Empezó a quitarle de la camisa las briznas de hierba.

—Te has puesto perdido. —Y le sacudía las piernas, los brazos—. Anda, date la vuelta.

—Adiós, Jovita —dijo Luis, y se marchó.

En la biblioteca, ya no se sentaba enfrente de ella. Jovita sufría cada vez que él pasaba a su lado en silencio. Un día optó por dejarle una nota proponiendo un café en el libro de los sumerios que siempre consultaba. Cuando vio que Luis cogía un tomo diferente, se preguntó si valía la pena cambiar la nota de libro. Pero pensó que una tarde cualquiera alguien anónimo encontraría la nota, en pleno estudio de los sumerios, y como el tema era muy árido ese alguien agradecería una sorpresa refrescante, y decidió que era más bonito dejar las cosas como estaban.

## 2

—No quiere pasear. Está otra vez con los alfabetos.

La frase la pronunció María con su dulzura habitual. María era algo más que la enfermera favorita de Mateo: en su opinión, solo ella sabía cómo tratar a su madre. Algo tenía esa chica que la predisponía al servicio paciente y bondadoso, virtudes no tan comunes como se piensa entre la gente que trabaja dispensando cuidados a los demás. Le alegró encontrarla a ella a la hora de su visita y lo consideró un buen augurio: seguro que esa tarde arrancaba a su madre algo más que un delirio de frases inconexas.

—¿Otra vez los alfabetos? Creía que ya se le había pasado.

—Yo también. Llevaba un tiempo más tranquila. Pero ha vuelto.

La obsesión de Amelia por los alfabetos se manifestó la primera semana de su ingreso en la residencia La Flor del Sauce. En aquella ocasión estaba referida al menú que se les servía a los internos. No es raro que un viejo enfermo no quiera comer, pero la postura de Amelia tenía un carácter peculiar. Los primeros días comió con gran apetito, pero el cuarto se negó en redondo a probar la sopa de fideos. La razón de su negativa les pareció a todos de una inocencia conmovedora: si el primer día había arroz, el segundo una crema bullabesa y el tercero cocido, el siguiente plato debía comenzar por la letra D, necesariamente. La pauta estaba marcada por la elección de los platos previos, que respetaban el alfabeto y por eso empezaban por A, por B y por C. A todos les hizo mucha gracia la salida de la anciana, pero cuando pasaron cinco días y seguía sin probar bocado se dispararon todas las alarmas. Terminó en el hospital, donde la alimentaron por vía intravenosa. Mateo quiso hablar con los psicólogos del centro. Le parecía mentira que tuvieran que llegar a esos extremos con su madre, a la que siempre le había gustado mucho comer. Se topó con las convicciones graníticas que suelen esgrimir los terapeutas: ese incidente era un mecanismo de rechazo de la anciana a su nueva condición de interna. A muchos les pasa al principio, le dijeron. Es una fase de adaptación, la terquedad irá remitiendo. No tenían la menor duda de que la mujer terminaría por comer. Mateo protestó: su madre había aceptado vivir allí, pues quería escapar de la perniciosa cercanía de su marido, que le ponía los nervios de punta. No era el típico caso de internamiento forzoso, en contra de los deseos del enfermo. La decisión la había tomado Amelia. Pero, por alguna razón, los psicólogos no daban ninguna importancia a las opiniones que Mateo pudiera tener al respecto. Tampoco encontró mucha empatía en su entorno familiar. Gonzalo pensaba que Amelia estaba intentando llamar la atención, como había hecho toda su vida. Y a Vildsvin el problema que se había declarado solo le mereció un gruñido de impaciencia y un par de comentarios crueles hacia su mujer. Mateo se encontró solo con un problema que quería resolver a todo trance. Habló con el director del centro y le propuso una solución sencilla: ¿por qué no preparaban a su madre un plato que empezara por D? El director, un hombre de mediana edad que parecía consumido por su trabajo y que se rascaba los brazos constantemente como si padeciera la tiña, le dijo que no podían confeccionar el menú